

## EL SABOR DE LA GRANADA

**Eva Hibernia**

Para Laura Freijo.

Personajes:

Perséfone, Vieja Despeinada.

Una Poeta Triste, ya sin nombre.

*¿Una gran mansión? Desde luego las dos mujeres (¿una diosa y una mortal?) se comportan como si estuvieran en una gran mansión.*

*También sería inquietante imaginarlas dentro de una gran piscina vacía.*

*Una jarra con zumo de granada, una copa bellísima. Varias escobas por ahí, rastrillos, un plumero.*

*Perséfone se compone delante de un espejo con marco ornamentado y recubierto de pan de oro. Se quita su bata rosa, se peina con peine de marfil, se viste como una señora con clase en una novela de Ágatha Christie que sucediera a orillas del Nilo. Se ajusta una pamea.*

*La Poeta Triste no lleva maleta, pero se comporta como si la hubiera extraviado en algún rincón y la buscara para aferrarse a sus viejas cosas. Como si una parte de su cabeza aún siguiera aferrada a las pequeñas preguntas de la vida, ¿dónde dejó el tabaco? ¿llevará suficientes bragas limpias ahora que está fuera de casa?*

Poeta: ¿Puedo ir al baño?

Perséfone: Podrás ir cuando lo necesites. Y si lo llegas a necesitar sería para mí asombroso.

Poeta: Es una esclavitud ineludible ir al baño.

Perséfone: Quizás. Ya no me acuerdo. ¿Quieres un zumo? Tómate un zumo.

Poeta: Es enorme esta casa. ¿Cuántos baños tiene?

Perséfone: Acabas de llegar y ya eres de ideas fijas. Siempre he odiado las bañeras llenas de muchachas con las venas cortadas. Por eso tengo llaves. Hay sitios donde es mejor no entrar.

Poeta: Podría haber sido un castillo de cuento esta casa. ¿Tuvieron princesas?

Perséfone: Tuvimos perdices, que es casi lo mismo. Una pajarera enorme llena de pájaros exóticos. Nos entusiasman los pájaros. Nos hemos especializado en criar imposibles, tigres con alas, perros con alas, esfinges con cabeza de topo, cuerpo de alimaña, cola de sargantana y alas de murciélago... Es divertido. Y muy rentable. Vienen de todos los tiempos para copiar nuestras criaturas, de las nieblas de Irlanda, del más allá amazónico, de los confines de las discotecas... Y eso que aquí no es fácil entrar.

Poeta: ¿Yo cómo he entrado? (*pensativa*) Algo me lamió la mano.

Perséfone: Los copistas siempre escriben cartas muy formales para que les dejemos entrar: Queremos enseñar a nuestros hermanos el abecedario de la locura, así no se perderán en el vasto mar de sus pesadillas. Esos son sus argumentos. Tú debes ser hija de una pesadilla, porque eres perfecta. Bebe un poco, anda, o nunca irás al baño, con la ilusión que te hace. Te he servido zumo de granada, es nuestra especialidad.

Poeta: (Mirando) Este lugar es demasiado hueco, qué techos tan altos. Quizás tiene razón, señora, y yo estaba en la disco, bailando, antes de entrar aquí. Estoy sudada, o mojada, o huelo mal, ¿o es usted? ¿Van a poner aquí una discoteca? Bailar es más importante que vivir, porque la vida está doblada y guardada en los cajones, junto a la cartilla de ahorros. (*olfatea*) Huele... como a pescado. ¿No estaremos en el vientre de una ballena? De pequeña jugaba a ser Jonás. Como retumban aquí las palabras.

Perséfone: Parece que digamos algo importante, pero es el viento.

Poeta: Este eco hace daño, debería usted poner tapices, más muebles, cosas que nos acallen.

Perséfone: Los muebles pesan, yo ya no estoy para esos trotes. Bastante polvo y cenizas hay que estar barriendo siempre. Este viento maldito me cambia la basura de sitio. Toma esta escoba. Tendrás que aprender a barrer y ayudarme.

Poeta: (*sorprendido*) Un momento, acabo de ver una escalera de mi colegio, y no hago más que escuchar a los niños corriendo de aquí para allá, ¡cómo gritan! ¿Hay un patio?

Perséfone: Seguramente. A la gente se la fusila en los patios, ¿no?

Poeta: Yo hablaba de niños. ¿Tendré que aprender a barrer sus pisadas, sus gritos, qué tipo de asignatura me quiere enseñar?

Perséfone: A los niños también los fusilan en los patios. Tómate el zumo, Rigoberto.

Poeta: No me llamo Rigoberto. Ese era mi padre, ¿o era mi abuelo? Bueno, los dos se llamaban igual, “sí, mi general”. Las mujeres no pueden llamarse Rigoberto. Ya entiendo, usted es vieja y quiere casarse conmigo. No se casará conmigo.

Perséfone: ¿Por qué no? De noche todas las pieles son azules.

Poeta: Me imagino su dormitorio, señora, una gran cama con dosel. Cuando era pequeña a mi muñeca le hice una camita así debajo de la mía. Los flecos de mi colcha eran su pabellón. Un cortejo de soldaditos de plomo velaba su sueño. Mi padre era general y no se resignó a que yo fuera una niña. Luego alguien murió, yo le arranqué una pierna a mi muñeca y la enterré debajo de la baldosa. Luego ese alguien murió un poco más y le saqué un ojo a mi muñeca y lo enterré debajo de la baldosa. Vestí a los soldaditos con ceras negras, puse perdido el suelo de pisadas de hollín y cenizas, porque una niña no debe gritar su luto. La pobre muñeca estaba cada vez más reliquia debajo de mi baldosa. Ojalá las hicieran con corazón y pulmones y un hígado cirrótico como el de mi padre, o el de mi abuelo, bueno los dos se llamaban igual:” sí, mi general”. Pero las hacen huecas. Un día, ese alguien, ya murió del todo. Volví a casa de mis padres, moví la baldosa de su sitio y allí estaban todas mis muertes. ¿Me he ahogado en la bañera?

Perséfone: No creo, hicimos una reforma hace poco y cambiamos todo por platos de ducha. Nos salió un ojo de la cara, pero se ahorra agua. ¿No tienes sed? Tienes sed. Es mejor que bebas para empezar a olvidar. Y este zumito es más efectivo que el gin tónico de las discotecas. Aquí cuando se olvida, se olvida.

Poeta: Los vecinos decían, ¡ahí va esa, la ahogada por la pena! Dios mío, (*sorprendida*) ¡Dios mío! ¿qué es ese ruido? Mire por la ventana, mire, hay niños con cabeza de gallo. Yo sé a qué vienen, señora, vienen a decapitar al sol. Se lo van a poner todo sucio de zumo de granadas, no quiero el zumo, mi general, no quiero derramar mis recuerdos.

Perséfone: Al sol nadie le hará daño, también lo metimos en la jaula y le pusimos cola de cocodrilo y alas de halcón. Ya está domesticado. Si te lo encuentras por los pasillos podrás acariciarle la cabezota, quizás te ladre. No te asustes, ¿eh?, no debes asustarte tú, que eres poeta, si ya sabes de qué va todo esto, cada grito, un mundo.

Poeta: ¿Estoy gritando?

Perséfone: En las fotografías, en los poemas que dejaste, en el viento de tu casa, aún, un poco más. Pero ya está. Coge la escoba. Empezaremos a barrerte, a traerte hacia este regazo. Me lo has puesto todo perdido, ¡qué chiquilla!, pero para eso estoy yo aquí, para ayudarte a recoger tus pedazos.